

P. Jara Carrillo

COGUYOS

1905



12387:975

DMU

20111

BIBLIOTECA REGIONAL



1487555

1st. 242370

A mi querido amigo
D. Jose M^o Ruiz Funes
de un aff^o

P. Jasso

BIBLIOTECA MODERNA

COCUYOS

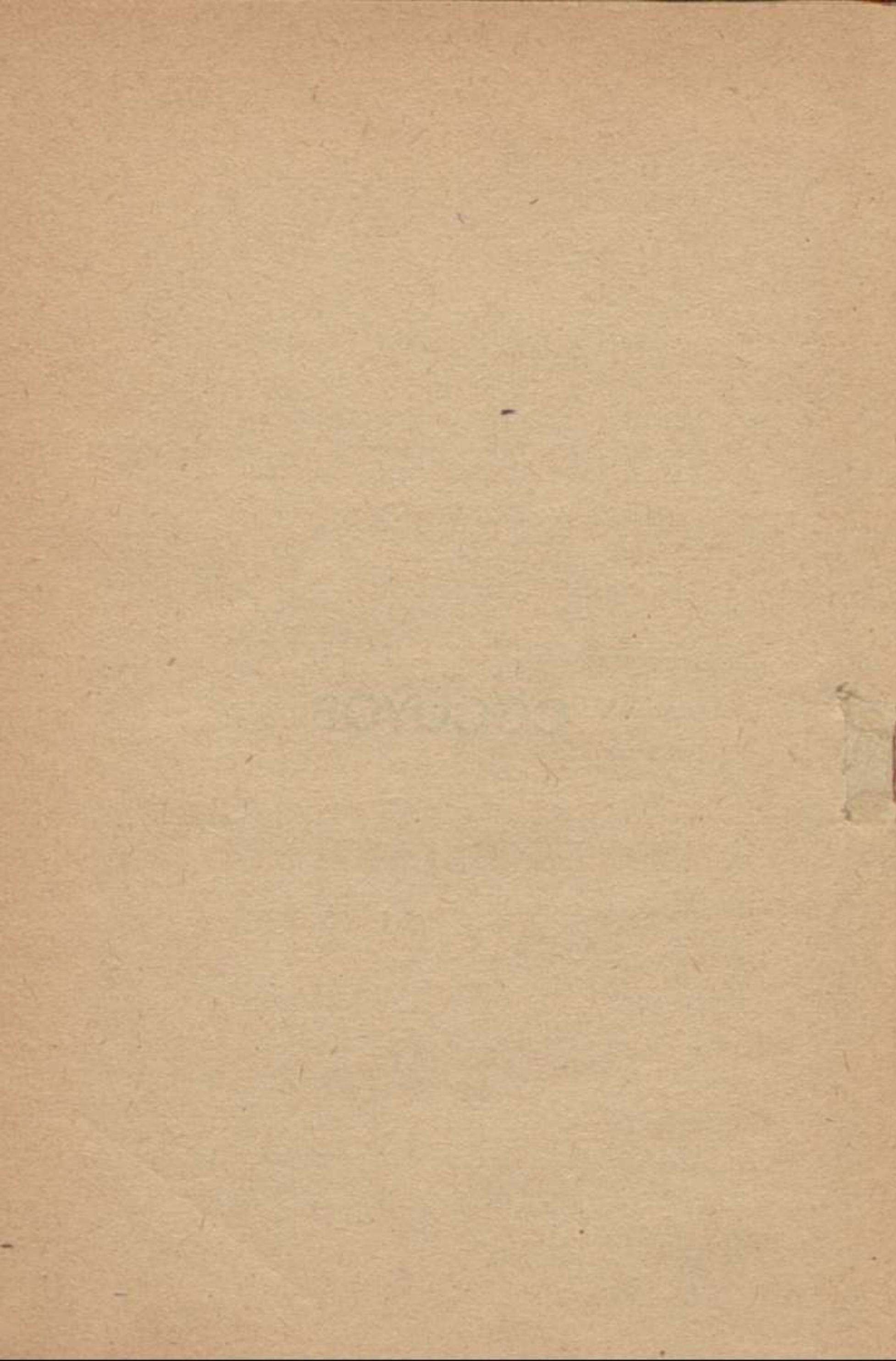
P. Jara Carrillo

TOMO I

Tip. «Región de Levante»
MDCCCXCV.

Es PROPIEDAD

COCUYOS

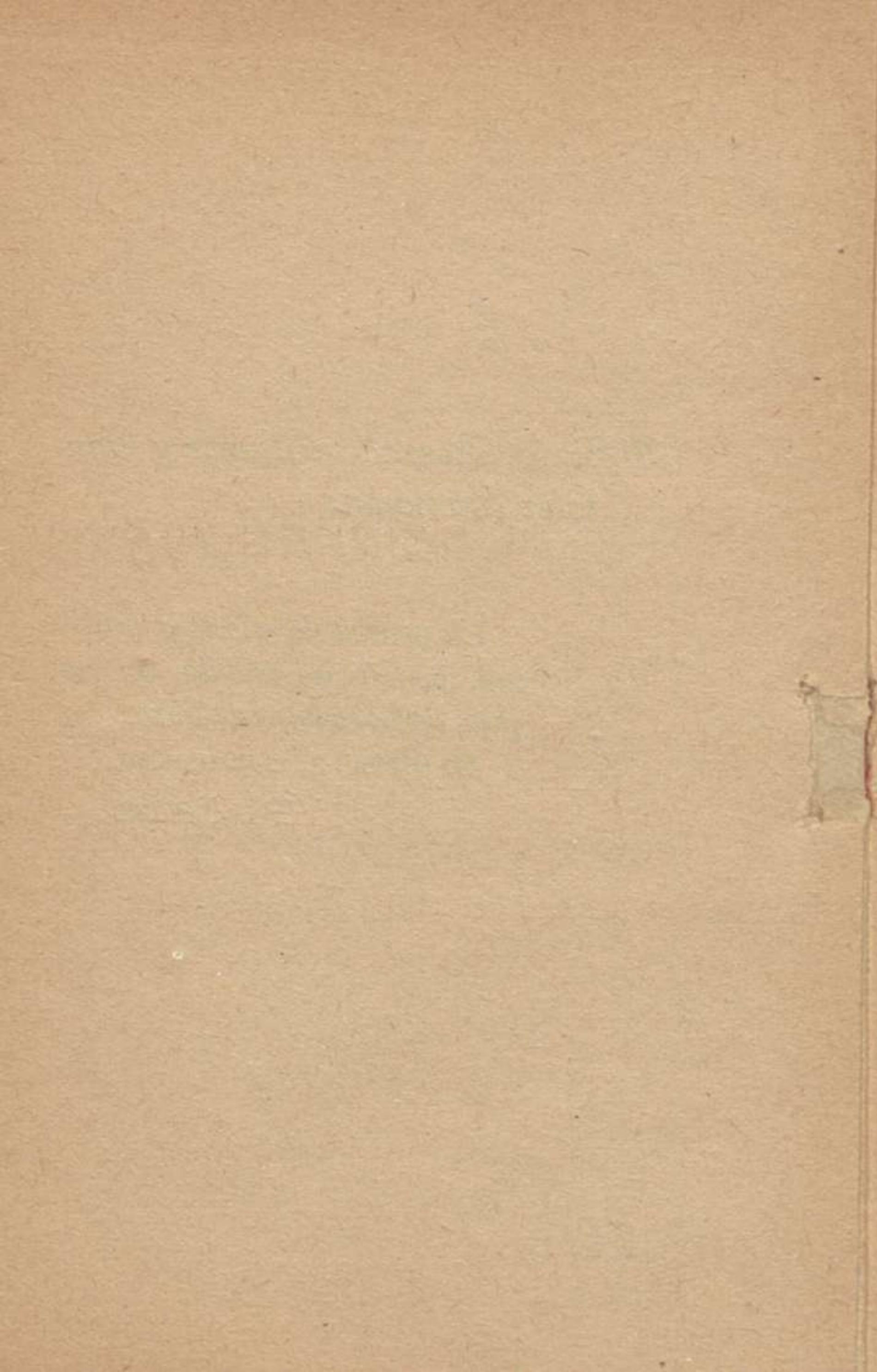


Al Sr. D. Rosendo Alcazar y Gonzalez Zamorano

En prueba de afecto y gratitud, brindo un tributo de respeto, dedicándole este libro.

Su affmo. s. s. q. b. s. m.

P. Jara.



Luciérnagas

Después que rinde su tributo al día
duerme la tierra en plácida y serena
noche estival, y por los campos suena
así como el rumor de una alegría.

En la callada inmensidad sombría,
cual botones de luz de una verbena,
el campo de luciérnagas se llena
esmaltado de rica pedrería.....

Yo también en mis tristes soledades,
cuando tranquilas duermen las ciudades
en esas horas de bendita calma,

siento latir purísimas canciones:
son gusanos de luz, son ilusiones
que brillan en la noche de mi alma.

Las siete coronas

DE MURCIA

La Fuensanta

I

Sobre el sitio más alto de la sierra
entre riscos, romeros y olivares,
reducido santuario, en sus altares
la fé de un pueblo y la esperanza encierra.

Para vivir la Virgen en la tierra
no quiso las mezquitas seculares;
buscó la soiedad de los lugares
que aun ven el sol cuando la noche cierra

Allí la humana planta se dirige
cuando la pena al corazón aflige,
buscando amparo en la piedad cristiana.

Y es aquel blanco y reducido techo
de todo un pueblo el palpitante pecho,
dó tiene el alma la región murciana.

La Torre

II

Cuando la azul inmensidad rocorre
nuestra mirada en pertinaz anhelo,
la cruz nos muestra la región del cielo
y tendiendo sus brazos, nos socorre.

Para que aquel camino no se borre,
índice siendo al popular consuelo,
nace gigante en el murciano suelo
la Torre esbelta, la gallarda Torre.

Faro es sin luz al que la vista alcanza
como nimbo feliz de la esperanza
de los que hogar en su regazo tienen;

y dan á aquellos capiteles mudos
los que se van, los últimos saludos
y su primer mirada, los que vienen.

Las Murcianas

III

Tienen las hijas de la tierra mía
ojos que brillan como el sol fulgura;
llevan la noche en su mortal negrura,
llevan también la claridad del día.

Las amapolas que la huerta cria
pálidas son mirando su hermosura;
si reza, es devoción, es virtud pura,
si biala es el amor, es la alegría.

Los pintores la toman por modelo
para pintar los ángeles del cielo,
seguros de su triunfo y su victoria.

Y á la sonrisa de sus labios rojos
y á la mirada de sus negros ojos,
se abren los cielos repicando á gloria.

La Muerta

IV

Cuando al tibio fulgor de los solares
rayos que mueren, cuando muere el día,
se extremece el Otoño en su agonía
con mortaja de trigos y cañares.

Modula el suave viento en sus cantares
de himno primaveral la melodía,
los naranjos suspiran de alegría
brindando sombra y derrochando azahares.

Entre aquel oleaje de verdores,
bellas ondas de espuma son las flores,
brisa es el viento y el bajel corolas.

Y como ninfa á quien agobia el tedio,
Murcia parece, reclinada en medio,
la sirena que duerme entre las olas.

El Segura

V

Dejando atrás su maternal montaña,
hizo su lecho en la región florida
de la murciana vega. El es la vida
de estos vergeles que á su paso baña.

Cuando sus aguas el turbión no empaña
y manso cruza mi ciudad querida,
como amoroso jardinero, cuida
el paraiso terrenal de España.

En su carrera próspera y fecunda,
como pródigo en gérmenes abunda,
también nos brinda espléndidos verdores.

Y son sus cantos que jumbra de amantes
sus brisas perlas, su vapor diamantes,
frutos sus besos y su aliento, flores.

Las Efigies

VI

Brotó la inspiración con los fulgores
de infinitos y eternos luminares;
y el alma del Cantar de los Cantares
palpitó en el dolor de los dolores.

Dió el Genio en sus momentos soñadores
mística reverencia á los altares,
y unió al dulce pesar de los pesares
el infinito amor de los amores.

Las líneas son estrofas, son poemas,
son concepciones célicas, supremas,
son de la gloria terrenal sagrario;

donde, al aliento del fervor profundo,
cada golpe de gubia trazó un mundo
como aquél que gimió sobre el Calvario.

Glorias Murcianas

VII

A la luz de este cielo transparente
y al color de estos rayos orientales,
con la esencia que vierten los rosales
y el fulgor del crepúsculo indolente,

soñó el alma la estrofa más valiente
y dió el pincel sus líneas eternas;
la estrofa fué de cantos celestiales,
las líneas concepción omnipotente.

Cuando hácia atrás dirijo con anhelo
mi torpe vista, al contemplar el suelo
cuyos osarios los laureles llenan,

con dulce encanto mi mirar deslumbran
luces de gloria que mi cielo alumbran,
ecos de liras que en los aires suenan.

De mi huerto

Nueva Covadonga

La patria está muy pobre y abatida:
subid, nuevos Pelayos, á la sierra,
que es toda España, y declarad la guerra
al suelo inculto, á la nación perdida.

Mas no lleveis hácia la roca erguida
la vieja aljaba que la flecha encierra:
ni con la espada ablandareis la tierra,
ni con la sangre le dareis más vida.

La nueva Covadonga ha comenzado:
convertidas las flechas en arado,
llegue hasta el pico en que descansa el cielo.

Vereis la gloria como allí se escucha
si sabeis arrojar en esa lucha
al alma ideas y semilla al suelo.

La Noria

Mas arriba del rio, en la ribera
donde el agua no alcanza en sus accesos,
la tosca noria de barrotes gruesos,
gemido triste y estival *cansera*,

viendo las fauces del erial que espera
de la corriente los fecundos besos,
sus giradores cangilones presos
alza brindando á la fébril ladera,

Con ansias de sediento, el campo bebe
las limpias copas que la rueda mueve
entre lamentos de gemir sonoro.

Y van cayendo con tenaz constancia
chorros de plata que la noria escancia
sobre manteles de esmeraldas y oro.

La Reja

Tapizada por verde enredadera
de azules campanillas esmaltada,
está la reja de mi amor, guardada,
desde que comenzó la primavera.

Detrás de aquel encaje, prisionera,
suspira una mujer enamorada,
y á su aliento sutil, la hoja rizada
descubre el rostro que al amante espera.

Los que miran la reja noche y día,
dicen que entre la verde celosía
hay dos claveles negros y dos rojos...

Yo estoy en el secreto de esas flores;
¡tanto tiempo á través de sus verdores
ví asomarse tus lábios y tus ojos...!

El Vals

Es del vals melancólico y sereno
la dulce y elegante melodía,
un suspiro de amor y de armonía
de aromas de jazmin y nardos lleno.

En el vaiven del palpitante seno
su cadencia copió, y es su alegría
la plácida y fugaz melancolía
de un crepúsculo gris en valle ameno.

La virgen casta á su compás se mueve
y el níveo encaje vaporoso y leve
flotando riza cual serenas olas.

Y el rostro ondula con matiz de grana
lo mismo que en la vega castellana
ondulan las flotantes amapolas.

La amistad

De la triste lección de la experiencia,
que es el libro más grande de la vida,
una nota tomé que es una herida
de esas que no se curan con la ciencia.

Trata de la amistad; fatal sentencia
la condena implacable, y dolorida,
al ver de pronto una ilusión caída
protestó á voz en grito mi conciencia.

Dice así la lección:—Es cosa vana
la amistad de los hombres, el tesoro
porque la torpe humanidad se afana.

Parece un himno de cantar sonoro,
parece torre espléndida y galana
y la derrumba una moneda de oro.

Vidas por vidas

Si hablara el pez cuando la mano artera
del pescador lo saca de los mares,
en medio de su lucha y sus pesares
agua tan solo en su dolor pidiera.

Que hable la flor, la gala placentera
de los fecundos plácidos lugares
y en sus tiernos é idílicos cantares
sólo sabrá nombrar la primavera.

Si hablara el ave en su prisión de hierro
al lamentarse de su triste encierro,
sólo la hermosa libertad nombrara.

Y si mi alma al acabar mi vida
pudiera hablar en su mansión perdida,
sólo tu hermoso nombre pronunciara.

A Violante Diaz

Para hacer un soneto hoy á Violante,
vive Dios. que no encuentro gran aprieto
ni en cosas muy difíciles me meto
al querer que me salga muy brillante.

Tiene en su cuerpo el ritmo cimbrente,
la majestad altiva del soneto;
tiene en sus labios el divino reto
de un amor revoltoso, audaz, triunfante.

Tiene la castellana gallardía
del verso augusto que al guerrero guía
donde la gloria sonriendo espera.

Tiene además sabores nacionales
en sus flexibles líneas orientales,
como épicos temblores de bandera.

Amores presos

Sé que en la celda del convento oscuro
te someten á rígido espionaje,
y el hábito monjil te dan por traje
como si fuera del amor conjuro.

Quieren borrar tu pensamiento puro
dándote de oraciones un brevaje,
y como si tu amor fuera salvaje,
o oprimen y lo estrechan tras un muro.

Del coro por la espesa celosía
siempre con la fatal monotonía,
oigo tu canto entre las voces varias.

Cantas como en la jaula canta el ave
que su nido le quitan... ¡y quién sabe
si serán maldiciones tus plegarias...!

La venganza

Halago con placer una esperanza,
abrigo con afán un pensamiento;
diera toda mi vida muy contento
por saciar de mi amor una venganza.

La ingratitud de una mujer me lanza
sobre un mar de odio que arrostrar intento
y sufro y vivo y sí en la vida aliento
es por vengar su cínica mudanza.

¿No habrá en el mundo penas ni dolores
para que un loco amor pueda saciarse
cuando celos inspiran sus rencores...?

Yo dejaré mi corazón ahogarse;
pero daré en castigo á estos amores
la venganza mayor, que es no vengarse.

Prohibir es mandar

Ahi teneis el pesar y la alegria,
luces y oscuridad, bienes y males,
la esencia de la miel de los rosales
y la hoja del puñal aguda y fría.

Vuestra es — dijo Dios — la luz del dia,
podeis beber torrentes celestiales;
y sercis a los ángeles iguales,
y os prestará la flor rica ambrosía.

Y con aquel afán de lo prohibido
que á la raza de Adan ha seducido,
el hombre quiso oscuridad aciaga.

Vuelve, Dios, otra vez sobre la tierra
y ya que el hombre te declara guerra,
castiga el bien para que el bien se haga.

Al laureado
Orfeón Alicantino

Cantad, cantad; las auras populares
esperan las canciones armoniosas,
como esperan las playas arenosas
el beso de las ondas de los mares.

Que llene vuestra voz esos lugares
con sabores de idilios y de rosas;
que despierten las almas perezosas
al raudo aletear de esos cantares.

Yo encuentro en vuestra voz algo divino;
ya suspirar de errante peregrino,
ya de trompa guerrera himno sonoro.

Como si el yunque y el laud vibraran
eco dulce y viril, ¡cual si chocaran
almas de acero en corazones de oro!

Intermezzo

La Canción á la Trilla

De esa rizada
vega amarilla,
Junio ha cortado
la ola infinita.

Ya están en haces sobre las eras
como apretadas cuerdas de lira,
aquellas verdes arrulladoras
ondas de espigas.
Un lago de oro

donde el sol brilla
con beso ardiente
de mediodía,
finge la parva,
y es la barquilla
que lo navega
dulce y tranquila,
el tosco trillo de pedernales
donde los rubios haces suspiran.

Las cuerdas de oro saltan deshechas
bajo las uñas de piedras finas,
y al deshacerse suena una nota
de cada espiga.

De la sonora canción del trigo
así nos dice la melodía...

.

Tierra del alma,
tierra bendita,
yo he recogido
toda tu vida,

bebiendo sabia del casto seno

rico y sabroso que tú me brindas...

Voy por los campos donde me esperan

los que trabajan de noche y dia;

voy á los trojes de los graneros

porque se mueren sin mis caricias;

voy á ser oro para los ricos

de las ciudades que me codician;

voy á ser blando pan de los pobres

que me mendigan...

¡Tierra del alma,

cuanta alegría

llevo á los tristes;
cuánta sonrisa
llevo á los labios;
cuantas delicias
cantan las vegas
que me respiran!

Voy á la guerra donde el soldado
por nuestra pátria se sacrifica:
tal vez no tiene cama en la noche,
tal vez no tiene pan en el día.
Voy al palacio de las grandezas
donde me llaman reinas altivas;
voy donde lloran huérfanos tristes
sus esperanzas desvanecidas...

Y al mar que cruzo
de orilla á orilla;

y á la cabaña
pobre y mezquina,
donde hay gemidos
en que palpitan
ayes de enfermos
y de desdichas...

Voy al sagrario de las iglesias
donde el divino Cáliz me brinda
lugar sagrado
que á Dios cobija,
para que el mundo todo me adore
cuando la forma se alce en la misa...

Yo soy lo grande,
yo soy la vida,
yo soy el rico lecho de plata
que Dios habita...

.
Luego callaron los pedernales
sus melodías.

De unos granados próximos, fueron
sobre la parva las coralinas
flores granates, como coronas
que al mar dorado los vientos tiran.

Los roncós cantos de las cigarras,
siguen su eterna monotonía;
y por la alfombra blanda del tamo
van arrastrando su presa rica
como un desfile de mil obreros,
las procesiones de las hormigas.

El lazo de la guitarra

Guardó en su mochila
de lienzo el soldado,
recuerdos queridos
después de besarlos;
la estampa del Angel Custodio,
que puso su madre;
un lazo de seda bordado,

la plata de media
cosecha de un año,
reliquias benditas
de santas y santos;
y tambien de la moza adorada,
la imagen sin vida,
la mirada sin luz de un retrato.

Para una guitarra
bordó ella aquel lazo,
que en más de una fiesta
fué envidia de varios;
parecía bandera española,
color rojo y gualda,
y por eso lo lleva guardado.

¡Qué alegres aquellos
colores estando
al pié de la reja
de amores cercanos!
Cuando el viento ondulaba las cintas
de aquella guitarra;
parecían caricias de labios.

Cortó aquél idilio
la guerra; el soldado
cruzó largos mares,
y á sitios lejanos
remontó sus promesas, su dicha,
su alegre guitarra,
su lazo de seda bordado

Las noches enteras
velaba pensando
en todos aquellos
recuerdos sagrados,
que dejó en el pedazo de tierra;
su madre, su novia,
su mústia cosecha del año.

En vano le piden
los otros soldados
canciones de notas
alegres, en vano;
la copla es un jay! lastimero
que lleva en el alma,
aunque no lo pronuncian sus lábios.

Luchó mucho tiempo,
y á veces le hallaron
herido de muerte,
tendido en el campo
y cubriendo con débiles besos
el lazo que siempre
en el pecho llevaba guardado.

Por fin, lo que pasa,
luchando, luchando,
por todo su cuerpo
vióse acribillado;
cuando ya ni una gota de sangre
quedaba en sus venas,
al inmundo hospital le llevaron.

Por carne inservible
lo dieron al barco
y á tierra española
volvió aquel soldado...
¡qué dirá aquella madre, si vive,
al ver el cadáver
que la pátria devuelve á sus brazos.

De nuevo en su tierra
buscó aquel inválido
tres cosas que tristes
le lloran acaso:
su madre, que ya no le espera,
su huerta del alma,
la moza del lazo bordado.

Pero una tan solo
guardaba al soldado
la fé de las almas...
su madre, llorando,
le contó la traición de la moza,
que ya no era suya;
se casó sin querer esperar lo.

El, ni una palabra:
ni quejas, ni llantos;
miró que sus fuerzas
no eran las de antaño,
y se fué por las calles del pueblo
pidiendo limosna
con aquella guitarra del lazo.

Las noches de invierno
muy pronto llegaron;
el hijo á la madre
le cuenta el pasado;
pero siempre que vé la guitarra,
se mojan sus ojos
y parece que tiemblan sus labios.

Su madre lo entiende
sufriendo y callando
y al fin le propone
quitar aquel lazo,
que recuerda dos cosas ingratas:
sus dulces amores,
como aquel de la pátria de infausto.

Amores que el alma
le hicieron pedazos;
amores que el cuerpo
sin vida dejaron;
que se pierdan al menos de vista;
que no se recuerden,
que se pueda siquiera olvidarlos.

—No, madre, no es eso,
—le dice el inválido—
ya sé que mi patria
me dió muy mal pago;
ya se yo que las moza perjura,
igual que la patria
me pagó el puro amor que le guardo.

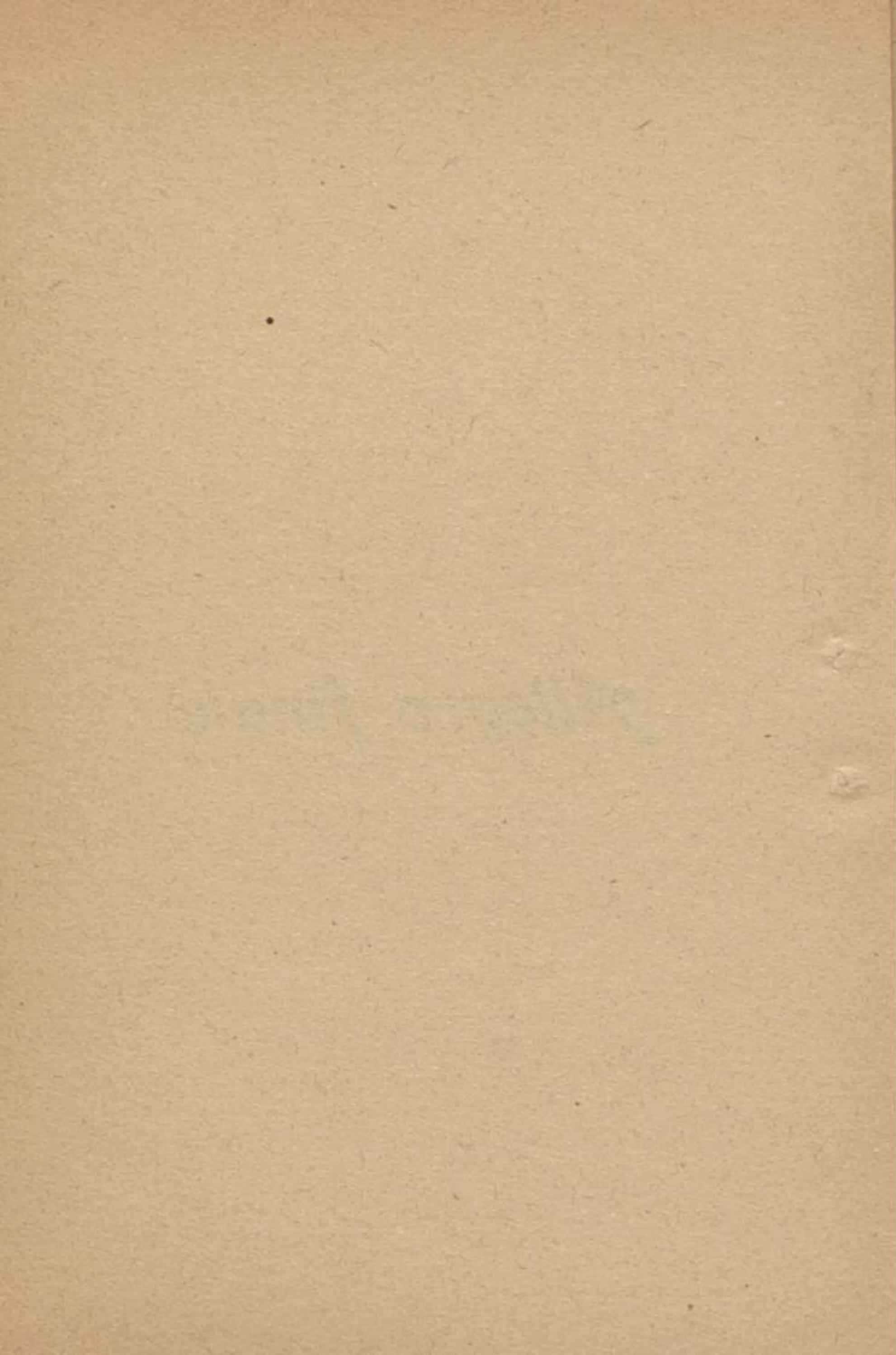
No importa, yo tengo
puestos en el lazo
dos de los amores
más grandes y santos;
si con ellos marché hacia la guerra,
con ellos he vuelto,
mas con gotas de sangre sellados.

Que viva conmigo,
que vaya á mi lado;
es parte del alma
que puse al besarlo...
mientras tenga color de bandera
y luz de tus ojos
y el bendito primor de sus manos.

Si el lazo es mi vida;
si tiene mi llanto,
si tiene mi sangre,
si guarda mis cantos...

Déjame que lo bese y me muera,
que beso á la patria...
aunque el beso envenene mis labios.

Allegro finale



Juicio del año

El tiempo es la mujer; tan veleidoso
como insondable el corazón humano:
¿cómo atreverse á penetrar la mano
allá en un infinito tan borroso?

Quien supiera leer á ese coloso
fuera de la mujer el soberano;
la esperanza es el tiempo, lo más vano;
la ilusión, la mujer, lo más dudoso.

Y heme aquí en mis funciones de profeta
esforzando mi vista de poeta
sin ver más que un confuso precipicio.

Mujer y tiempo, engaño, sólo engaño,
renuncio, pues, al juicio de este año,
porque tiempo y mujer no tienen juicio.

El luto del maestro

Suena la marcha en ritmos tentadores
en medio de una loca algarabía,
y es la plaza, rugiendo de alegría,
anillo colosal de mil colores.

Envuelto en rutilantes resplandores,
luce el diestro su airosa gallardía:
va vestido de luz y pedrería
donde chispea el sol besos de amores.

Contrasta con el traje de oro y grana
la negra pañoleta sevillana,
que es signo de memorias dolorosas.

Es lágrima cuajada sobre el pecho;
es carcajada de dolor deshecho
en un traje de risas luminosas.

Al maestro Fernández Caballero
en sus Bodas de Oro

Palpitante de amor y de alegría,
Murcia pone hoy en tí su pensamiento;
yo arranqué del murciano sentimiento
lo que con alma y corazón te envía.

Cada nota, una flor; cada armonía,
una palma gentil que ondule al viento;
cada genial canción y cada acento,
un rayo de la luz del mediodía.

Ese fuera te trono consagrado
si esta vega oriental que te ha arrullado
pudiera fecundar en pocas horas,

un siglo de olorosas primaveras,
otro siglo triunfante de palmeras
y mil siglos flamígeros de auroras.

Á MI REINA DE LA FIESTA

Eusebia Laccourreye

Cantares de mi vida, haceos flores
para corona de mi Reina hermosa;
ilusiones del alma, sed preciosa
sarta de finas perlas de colores.

Esperanza feliz de mis amores,
torna en diadema tu color de rosa;
vuélvete luz, memoria venturosa,
diamantes sed, mis penas y dolores.

Vuélvete rui señor dulce y sonoro
con voz de glorias y con alas de oro,
para que en torno de sus ojos viva

mi tierna estrofa donde el alma ondea:
y luz y perlas y diamantes sea
el rico trono de mi Reina altiva.

Amor que pasa

Después de mucho tiempo se encontraron:
él la miró con ansia enamorada,
ella como á uno más; ya no era nada
el amor que los tiempos enterraron.

De sus horas felices recordaron
la pasión ya hecha nieve, ya apagada,
y aunque ella inclinó al suelo su mirada,
lágrimas á sus ojos asomaron.

—¿Lloras por mí? ¿Me qu'eres todavía?
Dijo al verla llorar, con la alegría
del que ve renacer su amor incierto.

Y ella le contestó: Lloro una historia,
mi llanto es de un cadáver la memoria,
y tú la sombra de mi amor ya muerto.

Gloria

Es gloria sin nmor nave sin puerto,
aire que abrasa en el erial sin vida,
luz que va por los mundos esparcida
sin colorar la flor, con rayo incierto.

Onda sonora que en el campo yerto
ó en el ámplio arenal vaga perdida,
sin una palma en que quedar prendida
sobre el mar infinito del desierto.

¿A qué me ofreces, Gloria, tus amores
si yo no tengo á quien prender tus flores
ni á quien rendir sumiso la victoria?

Yo te soñé en mis horas de alegría,
porque en medio del sueño no sabía
que es el amor la gloria de la gloria.

¡ América . . !

Virgen del mar, prodigio soberano
que Dios lanzó á la luz abrasadora
de un cielo tropical; aquí te llora
con triste amor el pueblo castellano.

Olvidarte, jamás: la madre en vano
prueba á olvidar al hijo á quien adora;
ya siente la nostalgia abrumadora
de tu eterno y espléndido verano.

Allí, bajo tus frondas seculares,
lanzó el alma española sus cantares,
blandió la espada y oprimió la reja.

Y en esa tierra pródiga y bendita,
como si fuera un corazón, palpita
la sangre joven de la España vieja.

Las verbenas

Jardines perfumados con la olorosa
esencia de claveles y de azucenas,
oscilantes faroles, largas cadenas,
de esmeralda y topacio, red luminosa.

Brisas que como el beso de casta esposa
cruzan frescas, lozanas, de amores llenas,
á besar en las ninfas de las verbenas
exuberantes lábios de nieve y rosa.

La guitarra preludia, chocan las cañas
que entre el baile y el canto suenan concisas
y de amores engendran miles de hazañas.

¡Quién fuera en las verbenas las frescas brisas
para mover el bosque de tus pestañas
y perderse en el cielo de tus sonrisas!

Inspiración

Apoyada en mi mano la cabeza
y mirando un soneto comenzado,
vagaba por un mundo idealizado
para mojar mi pluma en su belleza.

Renegando por fin de mi torpeza,
tiré lejos la pluma contrariado
y vi al volver los ojos, que á mi lado
Láura me contemplaba con fijeza.

No puedo continuar, dije, no puedo
y á la impotencia de mi pluma cedo...
Láura rozó sus labios en mi frente.

Sentí un calor entonces tan fecundo
que igual que el sol al fecundar el mundo,
brotó un mundo de ideas en mi mente.

La sed del alma

¡Ese no es el amor que yo quería..!
Yo quiero contemplar tibios albores
más que tocar el sol, que en sus ardores
en vez de hallar placer, me quemaría.

Yo quiero la frescura y la ambrosía
aspirar en los tallos de las flores;
no troncharlas matando sus colores,
porque, marchitas ya, las tiraría.

Yo quiero el agua puña y trasparente
en diáfano cristal, cuando agobiado
mi pecho por la sed, afanes siente;

no arrojarme en el mar alborotado
como si fuera cristalina fuente,
para apagar mi sed muriendo ahogado.

La carcoma

Todas las noches oigo ese ruido
monótono y tenaz de la maldita:
es la carcoma que en el marco habita
de un fiel retrato de mi amor perdido.

De la madera el polvo desprendido
el aire en torno de la estancia agita,
y la imagen, borrosa ya, gravita
entre aquel esqueleto carcomido..,

Dentro del pecho con igual faena,
devora la carcoma de una pena
mi muerto corazón sin paz ni calma.

Como el marco caerá también deshecho;
pero aunque en polvo me convierta el pecho
no borrará su imagen de mi alma.

Cain

—Sígueme, Abel-y Abel con la inocencia de su alma virgen, lo siguió al momento; como estaba de negro el firmamento, de Cain era negra la conciencia.

Y á impulsos de su cínica demencia rugió en aquella mente el pensamiento, como el mar cuando mueve turbulento olas salvajes con brutal violencia.

Sucumbió la virtud bajo su mano,
y el cielo, vengador de aquel hermano,
vivaces luces fulminó iracundo.

Mostró la sangre el rayo luminoso,
el trueno dió un lamento doloroso
y estremeciósese de dolor el mundo.

La Trilla

La parva está tendida. Como raudales
de luz, el sol naciente vierte un tesoro:
el labriego y las aves cantan á coro
y los cantos parecen marchas triunfales.

Del polvo que alza el trillo, las espirales
se elevan con el dulce cantar sonoro;
y son los haces liras con cuerdas de oro,
rasgadas por cilindros de pedernales.

Cuando cierra la noche, dorado lecho
al labrador ofrece la blanda cuna
de aquel rico y brillante trigo deshecho.

Parece el régio alcázar de la fortuna,
que entre raudales de oro reclina el pecho
y con lluvia de plata cubre la luna.

Máscaras

Sólo una vez por un azar se vieron
y entonces se miraron frente á frente;
algo debió de ser muy elocuente
lo que aquellas dos almas se dijeron.

Sin pensarlo tal vez, promesa hicieron
de amarse en loco afán eternamente;
pero después, del mundo en la corriente,
por distintos caminos se perdieron.

A él con otra mujer lo ví otro día
y á ella que de otro brazo se cogía,
como cuatro amorosos ruiseñores...

No me extrañó; que es cosa ya olvidada
que el mundo en su continúa mascarada
disfraza los amores con amores.

Suicida

Con el febril y palpitante anhelo
del que se arrastra al sitio de la muerte,
escaló el cementerio, mundo inerte
donde repliega la existencia el vuelo.

Examinando él removido suelo,
busca el lugar en que al morir acierte
á dar junto á su amor, á quien la suerte
le robó de esta tierra para el suelo.

La tumba encierra su esperanza sola,
y al estrecho cañón de una pistola
pide remedio como loco errante.

Y una voz dice:—Criminal suicida,
¡un alma no se busca en la otra vida
poniendo eternidades por delante!

Mariposas

Junto al disco de luz de su hermosura,
soñando un cielo eterno y deslumbrante,
mariposa fui yo; su luz radiante
me atrajo más y más á esa criatura.

Sentí la fatigosa calentura
del anhelar quimérico y constante;
quise esquivar la luz por un instante
y me ahogaba en fatídica negrura.

Me cautivó la vida. La inclemencia
sufrí del fuego en medio de dolores.
Ya se mi fin, Por rara coincidencia,

del quinqué en los ardientes resplandores
perdió otra mariposa la existencia,
víctima de la luz de sus amores.

Misa de Alba

El órgano palpita y se estremece
por todo el Universo; ya es la hora;
en la infinita catedral sonora
el cáliz de la vida resplandece.

Sobre las flores que la brisa mece
van á tocar los rayos de la aurora:
es de Dios la armonía redentora
con que la salve universal ofrece.

Prestan coro los pájaros cantores,
incienso y luz las encendidas flores
y el templo, que es el mundo, maravilla.

De la montaña en el altar brillante,
surge el disco de luz flamigerante...
¡Alzan á Dios, hinquemos la rodilla!

A la notable tiple

Carlota Millanes

Como un rayo de luz voló el sonido
de tu garganta hasta mi vega mora,
y el alegre jilguero ya enamora
con el mismo cantar que tú has sentido.

Y si te asomas al vergel florido,
verás escrita tu canción sonora
con notas de clavel, en que la aurora
sus más bellos colores ha vertido,

Son esas rosas que arrojé á tu lado
un trozo de pentágrama, arrancado
de esa canción que hasta los mares llega.

Verás como te dicen esas flores,
que para tu cantar de ruiseñores
es el nido de rosas de mi vega.

Roma

Cayó como un coloso. La pagana
Roma escanció la copa de la vida
en una bacanal, que fué ofrecida
á la belleza augusta y soberana.

Una noche duró; la cortesana
descubriendo su seno en su caída
rodó en el lodo; mas su frente erguida
borró con arte la pasión liviana.

La copa de su mano, rebosante,
derramó entre los mirtos su triunfante
y aromático néctar de belleza.

Y á través de los siglos, aun se nota
aquella esencia de la edad remota,
con sabor de placer y de grandeza.

Anochece r

Regresan los pastores del aprisco
formando con su canto una sonata;
pliega el arroyo su cendal de plata
y en tupido crespón se envuelve el risco.

El sol esfuma su brillante disco
en la franga de oro y escarlata
y en la ciudad sombría se dilata
como erguido fantasma el obelisco.

La luna surge en ondas intranquilas
que coronan las nubes de alabastros,
al desgarrar sus enlutados velos,

y tiembla con fulgores de pupilas,
el rocío brillante de los astros
en el pétalo oscuro de los cielos...

La pecadora

Mujer y devoción son una cosa:
lo mismo la que vive del pecado
que la virgen castísima, han rezado
la mística oración más fervorosa.

Si el perfume es la esencia de la rosa
y la mujer por rosa se ha mirado,
busquemos el perfume aprisionado
en almas de mujer, donde reposa.

No temas, pecadora, tu delito
por grande, por atroz, por infinito
si á veces á tus solas te da pena.

Yo he visto tus rodillas en el suelo,
y que nombras á Dios mirando al cielo...
¡qué mas pudo hacer ya la Magdalenal...!

Bohemios

Como las aves, el bohemio canta
himnos de independencia: en él anida
también la pena, de la cual se olvida
para asomar el canto á su garganta.

Pájaro en libertad, divina planta
que alegra el paraiso de la vida,
ni el mañana á esperanzas le convida
ni el ayer con recuerdos le quebranta.

Enjambre de ilusiones es su pecho,
que se desbordan en raudal deshecho
y hace flores después el sol fecundo.

Su pobreza feliz es su victoria,
la voluntad, su rey; su Dios la gloria,
su hogar, el de los pájaros, el mundo.

La rueca

De aquel tosco vellón, sucio y mezquino
que pródiga brindó la oveja ociosa,
supo sacar la rueca laboriosa
el sayal del errante peregrino,

el rico manto pudoroso y fino
que cubre el rostro de la casta esposa,
la elámide pagana de la diosa,
el niveo paño del altar divino...

Laboremos así: como la rueca
que en régio manto el tosco vellón trueca,
preste la mano á la labor aliento.

Y así troquemos á la luz del día
la tierra en fruto, el aire en melodía,
la espiga en pan y en oro el pensamiento.

La jota

Escuchad la canción aragonesa
que es alma nacional, himno guerrero;
sus notas son batallador acero
con que la patria su anhelo expresa.

Suena, guitarra, tu canción es esa;
canta, soldado, tu cantar espero;
llora tú, desgraciado prisionero,
tras de la valla de tu reja espesa,

Cantad, vosotros, tiernos corazones,
vuestra estrofa de amor y de ilusiones,
que llora ó ría la canción no extraña.

De reír y llorar nació la jota
y en el triunfo, en la paz y en la derrota,
siempre ha de ser el corazón de España.

¡ Poetas . . . !

Poetas, á la lucha, Alzad la frente
llena de ideas, de laurel ceñida
y reprimid el llanto, que una herida
debe prestar valor al combatiente.

Nunca arrojéis las armas torpemente
en medio del combate de la vida:
dejad un poco la ilusión perdida
mientras la patria moribunda aliente.

Sed el bendito ejército guerrero,
redimid al esclavo prisionero
y ofreced al amor ricas preseas.

Vuestro es el porvenir si no cejais
y si en la lucha colosal llevais
por armas, pluma, por metralla, ideas.

Epilogo

Epilopa

Epílogo

Los cocuyos cesaron de brillar... Temblaron los primeros albores del día y el sol descubrió su disco de oro en el horizonte de un cielo tropical. La fuerza arrebatadora del astro candente destruyó las tinieblas, ahogó en raudales de luz el titilar de las estrellas, Las pupilas se inundan en un oceano de fuego y el rocío cae sobre la frente febril para borrar la nostalgia del pasado.

Todo se transforma y el nuevo cuadro con su colorido brillante, con su realidad irresistible hiere la vista como

si quisiera arrancar de la mente un mundo de recuerdos con igual rapidez que arrancó de la tierra un mundo de sombras.

Esfuerzo inútil: el poderoso influjo del coloso se desvanece, la naturaleza entera se agita en la impotencia y el torrente deslumbrador de oro y de luz se estrella contra el dique infranqueable de un mundo nuevo, ignoto é infinito donde vagan las almas... En la callada noche del espíritu no rasga el sol las tinieblas rebeldes con sus potentes rayos, no descubre su disco dorado, no ahoga el titilar de las estrellas: Los cocuyos brillan.

Aún tiemblan en confusa multitud por entre los cañaverales, en las altas palmeras y en los molinos del ingenio. Aun parece que la ciudad dormida á lo lejos lanza sus claridades mortecinas bajo el enlutado manto; cocuyo gigante

bajo los [pétalos de una violeta inmensa.

El sol se vá extendiendo cada vez más vigoroso. Inunda los campos, corona las cumbres y platea el cristal de los arroyos.

El chirrido de las ruedas anuncia á la carreta pesada y el guajiro entona su jarana guiando los bueyes. El chasquido de los *chuchos*, (1) los gritos de los mayores y el crujir de las palmas se confunden con el rumor vago y creciente de un pueblo que despierta.

Los párpados se abren atraídos por la realidad de los sentidos. Sobre el polvo rojizo del camino un cocuyo arrastra su cuerpo articulado, negro y estrecho, sobre las largas patas que se mueven pausadamente. En su cabeza destácanse dos diminutos copos de nie-

(1) Látigos.

ve; son los ojos que brillaron luminosos en la oscuridad de los campos. Se apagaron sus destellos como una ficción de la materia: el mundo visible de ocasos y de auroras miente también y engaña los sentidos...

¡Doloroso despertar para el espíritu si esa realidad penetrase en sus ámbitos y disipase la callada noche!

¡Terrible duda si aquellas fosforescencias son esperanzas que han de trocarse en interminable angustia!

Cerrad los párpados y apartad el rostro del enrojecido polvo; que no venza al dique poderoso la oleada siniestra con su violento empuje; que sigan temblando con indecisos resplandores las estrellas como rocío de fuego en los pétalos de la violeta inmensa; que brillen como pupilas de mujer los diminutos copos convertidos en lluvia de luz; que vibren en vuestros recuerdos imborrables las

últimas notas de la rima como el lejano susurro del viento entre los espesos matorrales lleva al oído la cadencia melancólica de una juagira.

Aun resuenan los últimos ecos del canto misterioso, oprimido enjambre que se desprendió de los labios para diseminarse en estrofas vivientes y volar al impulso de las ansias... Sus giros vertiginosos describirán signos enigmáticos en la penumbra del pensamiento: son las fosforescencias del espíritu, los cocuyos de las almas que nunca se apagan, que el sol no ahoga con sus potentes rayos, trocando en nieve las pupilas de fuego.

Amad de lejos al mundo que despierta alborozado; bendecid el ambiente que os circunda y al astro deslumbrante que ilumina las frentes, sin dejar que su hálito invasor penetre en vuestros seres y reduzca á átomo la gigante es-

fera que se dilata al soplo de otra vida, convirtiendo en molécula invisible de su circuito esa misma bóveda azul que la rodea, Lucha de mundos... ¡Absurdo abrumador que hace del cerebro miserable partícula perdida en las regiones inmensas y encierra la inmensidad en el cerebro!

Amad la naturaleza que se desborda á vuestro lado en raudales de vida, y unid vuestra voz al himno colosal y sonoro que elevan en confusa algarabía, multitudes humanas, pájaros cantores y arroyos cadenciosos saludando al día. Amadla desde vuestra cumbre misteriosa, desde el penacho altivo que escalásteis en sueños arrebatados por incomprendibles ansias, atraídos por inexplicable encanto; amadla desde lejos aunque vuestras plantas pisen el polvo rojizo del camino y perezca bajo ellas el cocuyo que se arrastra pausadamente, sin

fuerzas ya para esquivar la muerte con sus largas patas ó sus oprimidas alas.

Gozad de ese palpitante torbellino que derrama á su paso la savia bienhechora de la vida. Que la callada noche del espíritu no enturbie con sus sombras la claridad triunfante. Ni la oleada siniestra llegará á vuestra cumbre, ni el círculo inmenso convertirá en molécula invisible la bóveda azul que le rodea: Los mundos no luchan, el absurdo abrumador se desvanece; el oceano de fuego y la imponente sombra se besan confundidos en estrecho abrazo...

La rima que arrebató á los cocuyos los fulgores trémulos y vuela con sus alas, también supo arrancar de las manos del artista la paleta prodigiosa y llevar al lienzo de las musas la púrpura del horizonte donde temblaron los primeros resplandores del día y el dorado

disco que describió el sol al desgarrar las tinieblas del cielo tropical.

En sus ritmos vibran las primeras notas que anuncian la aurora para confundirse con el rumor vago y creciente del pueblo que despierta. En sus ritmos brillan las nacaradas frentes de las virgenes entre la ondulante cabellera deshecha en jirones desprendidos de la oscura noche ó en hilos de fuego y oro arrancados del astro candente. En sus ritmos brillan las pupilas soñadoras reflejando en su espejo la bóveda azul ó negras y ardientes esperando escuchar de los apasionados labios esta estrofa espontánea:

Parecen por lo negros y encendidos,
con sus miradas fúlgidas y extrañas,
tus ojos, dos cocuyos atrevidos
que pretenden volar con tus pestañas.

Bajo los párpados rosados duerme un

manantial de cadencias sin palabras, de canciones sin nombre, como un germen de color y música próximo á trocarse en deslumbrante cuadro y en melodiosa sinfonía; fuente de inspiración eterna; línea indecisa que empieza á dar formas á la mole de granito; gestación del poema en la mente febril del vate.

Conservad en vuestras almas el luminoso enjambre que el poeta de este libro expulsó de sus labios para que se diseminase en la callada noche del espíritu. No temais que el astro candente ahogue con sus potentes rayos los destellos trocándolos en diminutos copos.

El sol se va extendiendo vigoroso por todos los ámbitos. El chirrido de las ruedas anuncia la pesada carreta y el guajiro entona su jarana guiando los bueyes. Cada vez más creciente escuchareis el rumor del pueblo que despierta; pero en vuestra mente todavía la ciudad lan-

za á lo lejos claridades mortecinas bajo los pétalos de la violeta inmensa que envuelve en sombras las altas cumbres, los arroyos negros y las palmeras enormes, desafiando como fantásticos guerreros á las oscuras cúpulas y á los molinos silenciosos del ingenio.....

¡Triste penumbra del pensamiento, sombra eterna del mundo de las almas á donde no llegan los albores del dia; en su oscuridad profundad, en su impenetrable abismo, solo brillan, como una caricia de luz, resplandores de estrellas, fulgores de cocuyos, pupilas de mujer!

José Maria Dotres.

INDICE

PÁGINAS

Luciérnagas.	7
La Fuensanta.	11
La torre.	13
Las murcianas.	15
La huerta.	17
El Segura.	19
Las efigies.	21
Glorias murcianas.	23
Nueva Covadonga.	27
La Noria.	29

PÁGINAS

La Reja.	31
El vals.	33
La amistad.	35
Vidas por vidas.	37
A Violante Diaz.	39
Amores presos.	41
La venganza.	43
Prohibir es mandar.	45
Al Orfeon Alicantino.	47

INTERMEZZO

La caución á la trilla.	51
El lazo de la guitarra.	57

ALLEGRO FINALE

Juicio del año	71
El luto del maestro.	73
A Fernandez Caballero.	75

PÁGINAS

A Eusebia Laccourreye.	77
Amor que pasa.	79
Gloria.	81
¡América!	83
Las verbenas.	85
Inspiración.	87
La sed del alma. ,	89
La carcoma.	91
Cain.	93
La trilla.. . . .	95
Máscaras.	97
Suicida.	99
Mariposas.	101
Misa de alba	103
A Carlota Millanes.	105
Roma.	107
Anochecer.	109
La pecadora.. . . .	111
Bohemios.	113

PÁGINAS

La rueca.	115
La jota.	117
¡Poetas!	119
Epílogo.	123

